

UN SIMPLE JUEGO DE NIÑOS

Era el verano de 1936 y el calor incesante del sol hacía que nos resguardáramos bajo las higueras de detrás del caserón. Eran días de sonrisas, de juegos inventados; de los de verdad, de los que hacían brotar la imaginación.

Yo tan solo contaba con unos pocos años. Años que podía contar con los dedos de mis manos, quedándome estas completamente abiertas.

Recuerdo que mi hermano me tiraba de las faldas y rogaba con ojitos de corderito que lo estrechara entre mis brazos; alcanzaba a decir un "Julia" y yo, aturdida, lo cogía y lo zarandeaba jugando con él. Todo parecía como pintado de color arcoíris en aquel mundo de sonrisas de sabor a higos y peras, de respaldarse el uno al otro cuando se acercaba una bronca de las grandes, de flotadores hechos de juncos en el río; de algo que llaman, felicidad.

Todo empezó a cambiar un 18 de julio de ese mismo año. Ese mismo día el tío Higinio vino con la noticia desde Bilbao de que una guerra se acercaba, pero no teníamos que preocuparnos, estaba lejos.

El verano transcurrió con pequeños altibajos y en Septiembre, la rutina empezó de nuevo. Sacamos las pequeñas pizarrillas negras del armario de la cocina y volvimos a usar sacos para resguardarnos de la lluvia de camino a la escuela. Volvimos a clase y las maestras nos volvieron a decir que había guerra, pero se nos volvió a recalcar, que estaba lejos.

Era un sábado de noviembre por la mañana, cuando asomada a la ventana vi pasar por la carretera largas hileras de camiones GMC, atestadas de soldados que iban al frente. Yo aún desconocía que uno de esos soldados que iban allí, sería mi futuro compañero de malos y buenos momentos, de salud y enfermedad, de sonrisas, y lágrimas.

El primer bombardeo de la Legión Cóndor, el 31 de marzo del 37, devastó a la población de Durango. Nosotros trazábamos letras en pizarrillas cuando las maestras nos sacaron atemorizadas de la escuela y nos arrastraron hacia el monte, donde encontramos refugio. Llantos. El mío propio. Repiqueteando en mis oídos. Miedo, miedo en los ojos; un miedo que hacía que se te erizaran los pelos de cada centímetro de tu piel. Incertidumbre, desolación, angustia. Es difícil de expresar una sensación como aquella, hace falta vivirla para saber de lo que se trata.

Recuerdo que al volver hacia casa, aún con la sangre helada y un nudo inquebrantable en la garganta, empezamos a atisbar camiones con trapos blancos sacudiéndose en el aire, camiones llenos de heridos que se dirigían hacia Bilbao. También recuerdo que en ese mismo instante, todo dio un giro; el mundo se estaba resquebrajando y con él, nuestras vidas.

Desde ese día la escuela cerró sus puertas, se acabaron los días de tiza y cuadernos manoseados, se acabaron.

Empezamos a pasar los días en casa. Yo, como era de costumbre, cuidaba de mis dos

hermanos pequeños. Les mimaba y les daba ese cariño que tanto les faltaba de nuestros padres; que pasaban los días trabajando la tierra. No tenían tiempo de andarse con miramientos y nosotros éramos felices con tener comida con la que llenar nuestros estómagos; pues al fin y al cabo, en un futuro, un plato de alubias y unas castañas serían manjar de dioses.

Recuerdo como si fuera hoy mismo, el día en el que tuvimos que bajar a la cuadra a refugiarnos. Santi me miraba desconcertado y yo leía el miedo en sus ojos. Era algo indescriptible, difícil de explicar con tan sólo míseras palabras. Lo agarré de la manga de la camisa y con la otra mano alcancé a Antxon. Corrimos hasta alcanzar la cuadra y nos quedamos allí a esperar a que todo acabara.

No sabíamos dónde podían estar Aita y Ama; tan sólo rezábamos para que nada les pasara; para que hubieran encontrado algún refugio; aunque fuera debajo de unos matorrales frondosos, o en una pequeña cueva.

Notaba los latidos de Santi contra mi pecho, fuertes. Su corazón daba saltitos y el nuestro también, a su compás. Nos agarramos los tres fuerte de las manos; estrechándonos; cerrando los ojos entre lágrimas que corrían como caudales de agua salada, mejillas abajo. Todo pasó y aún con los corazones en un puño, sentimos el alivio; una sensación, que a pesar de todo, nos hizo sonreír; pues seguíamos con vida.

Pasaron los meses y con ellos la angustia y el desasosiego; la alegría de tener algo que llevarnos a la boca y el vínculo cada vez más estrecho que nos unía.

Pasaron tiempos de refugio en las minas, de "El abuelo", nombre con el que apodábamos al avión que nos avisaba de bombardeo; y susurros en silencio.

También recuerdo con nitidez el sonido de la sirena, que hacía que nos estremeciésemos y que un torrente de adrenalina corriese por nuestra sangre.

Me vienen a la memoria imágenes de cómo nos acurrucábamos y poníamos hojas secas de los pinos en el suelo para que fuera más cómodo.

Muchos recuerdos, que querría desterrar en un rincón de mi memoria, que querría borrar de mi mente.

Quizás todo esto que pasamos haya servido de algo. Quizás ahora, sabemos valorar las cosas realmente. Quizás con ello hayamos aprendido el verdadero valor de la vida.

Han pasado ya demasiados años y los surcos en mi piel trazan caminos en este mapa de sabiduría, los pliegues de mis ojos forman arrugas al dibujarse en mis labios una sonrisa; y en cada centímetro de mi piel se puede observar el paso de los años; pero en el fondo de mi espíritu, sigue habitando aquella niña que corría libre y despreocupada por la vida, que sonreía a cada instante; que sabía, que la vida era mucho más que todas esas guerras que se blandían entre ciegos. La rabia, el odio y el rencor les cegaban, les ponían una venda en los ojos y no les dejaban atisbar una pizca de lo que de verdad importaba. Y todo ello desencadenó una tragedia, una catástrofe

peor que una guerra; pues no era tan sólo una guerra, era más que eso, era una lucha entre hermanos; una pelea de armas, jugada por niños.

Silvia Arestizabal & Nerea Páramo

